

M. de Maupás ha referido en sus *Memorias del Segundo Imperio*, que durante aquella permanencia en Compiègne, en una hermosa mañana de otoño, el emperador, acompañado solamente de algunas personas, entre las cuales se hallaban la condesa de Montijo y su hija, se paseaba por el parque. «Los pequeños prados, añade M. de Maupás, estaban cubiertos de abundante rocío, y los rayos del sol comunicaban á todas las gotitas que aún brillaban en las hierbas reflejos y transparencias diamantinas. La señorita Eugenia de Montijo, cuyo carácter era en alto grado poético, complacíase en admirar los efectos caprichosos y mágicos de la luz, y había hecho notar particularmente una hoja de trébol sobrecargada de gotas de rocío de una manera tan graciosa, que parecía en realidad una verdadera joya caída de algún adorno. Terminado el paseo, el emperador llamó aparte al conde Bacciochi, que pocos instantes después marchaba á París y que regresó al día siguiente, portador de una rica alhaja, la cual figuraba un trébol en cada una de cuyas hojas veíase un magnífico diamante representando gotas de rocío. El conde había hecho imitar con rara perfección la hoja admirada la víspera por su futura soberana.»

Por la noche se hizo una lotería en el castillo, arreglándose la cosa de modo que el trébol tocase en suerte á la señorita de Montijo. En el pensamiento del emperador aquella alhaja equivalía á un anillo de boda; pero nadie, excepto él, daba aún este sentido al poético presente que la hermosa española acababa de recibir.

XLIV

LOS PRIMEROS DÍAS DE 1853

Napoleón III tomó definitivamente su resolución á principios de 1853. Los informes que sobre este punto ha dado el antiguo preceptor del príncipe imperial, M. Augusto Filón, parecen ser auténticos. En su obra titulada *Merimée y sus amigos*, dedicada á la emperatriz, ha escrito: «Desde una permanencia en Fontainebleau y otra en Compiègne — un testigo ocular es quien me lo afirma — se vió acrecentarse rápidamente el amor de Luis Napoleón; pero ¡había tantos interesados en combatirle! Y en el corazón del príncipe, la política y la razón de Estado se anteponían aún. No necesito referir el incidente ocurrido en las Tullerías, en la sala de los Mariscales, en la noche del 31 de diciembre de 1852. El emperador se mostró aquella vez muy diferente del hombre que había dejado marchar á María Mancini.» Creemos que el incidente á que M. Filón alude es el que vamos á decir: Como la señorita de Montijo, que daba el brazo al coronel de Toulangeón, acertase á pasar por delante de la mujer de un alto funcionario, esta dama, en un arranque de mal humor, pronunció algunas palabras malsonantes. La señorita de Montijo, muy impresionada, se quejó á Napoleón III é hizole comprender que no podría permanecer más tiempo en una corte donde se la trataba así. «Yo la vengaré á usted,» contestó el emperador. Y al día siguiente la pidió en casamiento. La condesa y su hija vivían entonces en la plaza de Vendome, número 12, en un primer piso, muy cerca del hotel del Rhin, donde se alojaba Luis Napoleón cuando fué elegido presidente de la República. La plaza de Vendome les había deparado buena suerte á los dos.

El 3 de enero se celebró en París una ceremonia muy propia para conmover el corazón de la joven que el emperador iba á tomar por compañera. Muy católica, como casi todas las españolas, á la señorita de Montijo le complació mucho ver que la capital rendía tributo á Santa Genoveva, y la solemnidad, que coincidía con la demanda de casamiento hecha por el soberano, pareció de buen agüero á la futura emperatriz. A las nueve de la mañana, las reliquias de la Patrona de París salían con gran pompa de la iglesia metropolitana para atravesar los barrios más populosos de la capital é ir á ocupar de nuevo bajo las bóvedas del antiguo Panteón el sitio en que se hallaban en otro tiempo. La multitud se apiñaba piadosamente alrededor de la urna venerada; los obreros de París figuraban en mayoría en la basílica, y su presencia comunicaba á la ce-

remonia un carácter popular. Terminada la misa, el arzobispo de París, con mitra y báculo, subió al púlpito, donde recordó las numerosas vicisitudes por que Francia había atravesado, así como también el templo que el emperador había devuelto al culto católico. «Y ahora, dijo el arzobispo, dulce y gloriosa Protectora de París, volved á ocupar el sitio que la piedad de catorce siglos os había preparado en la cima de esa montaña. La gloria de hoy hace olvidar las desgracias de ayer. Apartad por vuestra poderosa intercesión, apartad de esta capital tempestades semejantes á las que ha sufrido tan á menudo durante más de un siglo, desde el día en que la impiedad os expulsó de vuestro trono tutelar. Proteged después á este emperador, que repara las injurias del pasado y aumenta la gloria de este santuario.»

A las fiestas religiosas siguiéronse muy pronto las fiestas mundanas.

El 12 de enero de 1853 se inauguraron los grandes bailes del segundo Imperio en el palacio de las Tullerías. Todos los invitados llegaron á las nueve en punto; las habitaciones del palacio destinadas á la recepción no habían estado nunca tan brillantes; se subió por la gran escalera, y entróse en el vestíbulo de la galería de los Balaustres. El emblema luminoso de Luis XIV había sustituido á un pesado rosetón que afeaba el techo, y M. Vauchelet había añadido alrededor del emblema del rey Sol dos medallones y cuatro pinturas que representaban la Providencia, la Justicia, la Ciencia y la Fortaleza con sus atributos. Completó el decorado del techo con un cuadro que representaba la Gloria con una palma en una mano y una corona en la otra. Los invitados atravesaron la sala de los Balaustres y después la galería de la Paz, donde se veía sobre la chimenea un retrato de Napoleón III á caballo, vistiendo el uniforme de general de división, obra del pintor Carlos Luis Muller. Los convidados penetraron después en la sala de los Mariscales, renovada del todo por el arquitecto Visconti: en otro tiempo se entraba por cuatro puertas, y ahora se habían abierto otras dos en el sentido de las dos fachadas principales del castillo, modificándose completamente el decorado de la bóveda. Se habían dispuesto en ella cuatro arcos en pleno relieve, cuyas caídas, apoyándose en los cuatro ángulos de la sala, quedaban ocultas por otros tantos trofeos sobrepuestos de águilas, en los cuales se hallaban inscritos los nombres de las victorias alcanzadas por Napoleón en persona. La sala contenía los retratos de cuerpo entero de los catorce mariscales más antiguos del grande hombre y veintidós bustos de sus generales.

Las damas lucían trajes magníficos y los hombres vestían todos de uniforme ó traje de etiqueta. «¡Extraña cosa!, escribía en la *Revista de Ambos Mundos* el cronista de la quincena M. de Mazade. ¡Cuántos hombres hubiera habido algunos años hace que habrían considerado como punto de honor prescindir de la etiqueta y presentarse en la corte con traje democrático! No sucede lo mismo hoy, y la etiqueta recobra su imperio. No nos quejamos seguramente de que los grandes funcionarios del Estado den fiestas, de que las ceremonias tengan su

pompa y sus reglas, y de que sea necesario vestir con propiedad para figurar en la corte. Muy probablemente hay industrias á las cuales complace que se vista de terciopelo y que las medias de seda lleguen á ser de rigor; pero junto á estas cosas exteriores hay evidentemente un trabajo más profundo, que consiste en atraer de nuevo á la sociedad al culto de su dignidad propia, de las superioridades que constituyen su fuerza y de las distinciones que han permitido á Francia obtener su influencia en el mundo. Efectuado este trabajo íntimo y trascendental, la transformación de los usos y costumbres seguirá su curso, llegando hasta donde pueda, y se detendrá en los límites que permitan nuestro tiempo y la vida moderna.»

Mientras que los convidados llegaban hasta la sala de los Mariscales, el soberano salía de su habitación y entraba en el salón de Luis XIV, llamado también gabinete del Emperador. Una copia del *Olimpo* de Lesueur decoraba el techo de esta sala, adornada además con tres cuadros: un magnífico retrato del gran rey, por Rigaud; una copia del célebre lienzo de Gerard, representando al duque de Anjou (Felipe V) en el acto de recibir en Versalles á los embajadores de España; y por último, la copia de una composición de Mignard que representa á Ana de Austria dando instrucciones á su joven hijo Luis XIV.

Napoleón III atravesó después la sala del Trono, que acababa de ser restaurado con la mayor magnificencia: sobre el dosel había un águila con las alas desplegadas; las colgaduras, de terciopelo carmesí con abejas de oro y hojas de laurel bordadas, enlazábanse por ricas abrazaderas provistas de dos candelabros, cuya extremidad sostenía un globo y una corona. Un estrado, con tres escalones circulares, sostenía el trono, colocado sobre un zócalo que formaba estribo. Este trono había servido en una circunstancia solemne: en la consagración de Napoleón I. Sobre el fondo de las colgaduras, en medio de una corona de encina y de laurel, veíase bordado en oro el escudo imperial, con la mano de la Justicia, el cetro de Carlomagno y las insignias de la Legión de Honor, sobrepuesto el todo de un casco y una corona.

Después de atravesar por la sala del Trono, el emperador atravesó el salón de Apolo, así llamado porque un tablero del fondo representaba á Apolo con las nueve Musas, y luego entró en el salón Blanco (designado más tarde con el nombre de salón del Primer Cónsul), donde le esperaban las personas de su familia, los oficiales de su cuarto militar, el cuerpo diplomático, los ministros y los grandes dignatarios. Las pinturas, los relieves de oro y los camafeos de Nicolás Loyr acababan de ser restaurados, y catorce muebles de Boule, con objetos de gran valor, ocupaban los espacios entre las ventanas. En el salón de Apolo era donde se hacían las presentaciones y se formaba el cortejo del soberano. Un decreto expedido el 10 de enero acaba de regular la categoría de los príncipes y princesas y de los parientes del emperador, pero que no formaban parte de la familia imperial; el decreto disponía que estos príncipes y princesas se colocasen seguidamente después del cuerpo diplomático reunido, y en caso de no

asistir éste, detrás de los embajadores. Muchos extranjeros distinguidos fueron presentados por aquéllos y por los jefes de misión; después, á las nueve y media, un ujier gritó: «¡El emperador!» y Napoleón III hizo su entrada en la sala de los Mariscales, mientras que la orquesta tocaba el aire compuesto por la reina Hortensia: *Marchando á Siria*. El emperador vestía el uniforme de general de división, con calzón corto de casimir blanco, medias de seda y zapatos con hebilla. El frac de los chambelanes era de color escarlata; el de los caballeros, verde; el de los prefectos de palacio, amaranto; el de los maestros de ceremonias, violeta con adornos de oro, y el de los oficiales de órdenes, azul claro con bordados de plata y agujetas. Varias filas de gradas para las señoras se corrían en toda la circunferencia de la sala de los Mariscales, y en medio, en un estrado de poca altura, veíase un sillón para el emperador. Los chambelanes formaron y mantuvieron el círculo reservado para el baile, y éste comenzó por un rigodón de honor: Napoleón III lo bailó con la embajadora de Inglaterra, lady Cowley, y después otro con la señorita de Montijo, cuya radiante hermosura y extremada elegancia excitaban la admiración general. De todas las damas que asistían á la fiesta era seguramente la más encantadora; pero no se sospechaba que antes de terminar el mes reinaría como soberana en aquel palacio, donde aún no era más que una invitada.

El emperador dió el brazo, no á la señorita de Montijo, sino á la embajadora de Inglaterra, para ir á cenar; la mesa estaba servida en la sala de espectáculos del palacio, y allí tomaron asiento cuatrocientas damas. Esta sala, situada á espaldas del pabellón Marsán, en el cuerpo de edificio arrasado actualmente, ocupaba toda la anchura y elevación del palacio. Construída sobre una parte del lugar que ocupaba la antigua sala de las máquinas y del local que fué de la Convención, presentaba un aspecto fantástico por sus grandiosas proporciones y la riqueza de su decorado. Llena de flores, inundada de luz, era un marco digno de realzar una belleza como la de la señorita de Montijo.

Todo radiaba en aquel primer baile del segundo Imperio: el prestigio de un gobierno joven; la elegancia y las pompas monárquicas que recobraban su dominio; los trajes deslumbradores, y los uniformes nuevos, recamados de oro y plata. Nadie evocaba sin duda los recuerdos lúgubres, inseparables de aquella mansión funesta. ¿Se pensaba aquella noche que en el salón de Apolo se había encasquetado el gorro frigio á Luis XVI? ¿Quién se acordaba ahora del 20 de junio y del 10 de agosto de 1792, del Comité de salvación pública que se reunía en el pabellón de Flora, de las sesiones tumultuosas y siniestras de la Convención, de la invasión del palacio por el populacho en 1830 y en 1848, del trono de Luis Felipe hecho pedazos y entregado después á las llamas? Se olvidaba el pasado y nadie temía el porvenir. ¡Qué asombro no se hubiera producido si un profeta de desgracias se hubiese presentado para pronosticar la suerte reservada á aquella brillante sala de espectáculos, tan alegre ahora, donde se cenaba con tanto placer y animación! ¡Y cómo hubiera temblado la señorita de Montijo si

hubiese podido presentir el estado en que iba á ver de nuevo aquella misma sala de la cena, en 1870, al principio de la guerra fatal! ¡Entonces instalaría una ambulancia, y en vez de la decoración teatral, de los follajes, de las flores, de la rica vajilla, de las luces deslumbradoras y de la multitud de cortesanos, tendría ante los ojos el aspecto y la atmósfera de un hospital, los médicos, los cirujanos, los heridos y los moribundos! ¡En vez de los alegres acordes de una orquesta, los gritos de dolor y el estertor de la agonía; y en vez de las damas luciendo sus costosas joyas, las hermanas de la Caridad con sus tocas blancas! ¿Quién hubiera podido prever durante el baile del 12 de enero de 1853, cuando todos los candelabros y las arañas del palacio difundían tan vivas claridades, quién hubiera podido entrever en el porvenir los resplandores más vivos aún del incendio de 1871? Pero apartemos funestos presagios y volvamos á la época en que el joven Imperio, lleno de esperanzas y confianza en sí propio, creía haber hecho un pacto con la fortuna.